

**Los porros en la vida actual son como los "tacos" en las novelas.** De marcha en la noche astorgana.

Los amigos de Adal y Radiante, en un principio, se interesaron más por la “movida” del castro que por el tema político. Al fin de semana siguiente, ya dos coches repletos de jóvenes pusieron bulliciosamente rumbo a Castro de las Lagunas con ánimo festivo más que de otra cosa.

—No tienes que preocuparte de nada Jorge, llevamos tiendas de campaña y sólo necesitaremos utilizar la ducha, eso sí para todos —le adelantó por teléfono Radiante.

—No hay problema. Una cosa, traed prendas de abrigo porque aquí en septiembre ya refresca por las noches.

El grupo de jóvenes pertrechados con sus sacos de dormir, lo que menos hicieron fue eso, dormir. Llegaron un viernes por la tarde. Después de las presentaciones de rigor montaron unas tiendas que no utilizaron más que esa noche. Al día siguiente, sábado, se fueron a León capital y ya no volvieron hasta el domingo por la noche.

—Es que el barrio húmedo es mucho “húmedo” —le dijo Adal a Jorge—; y entre unas cosas y otras nos dieron las tantas y quedamos en los coches descansando un poco, porque no merecía la pena volver hasta aquí. Después, tomas unos vinos y con los aperitivos que dan ya comes de sobra... Radiante, ¿cómo se llama ese “bareto” que te pones ciego a pinchos con la consumición que pidas? —el Odín—. Ah, sí es verdad. Es que no lo recordaba, como estuvimos en tantos sitios...

—Bueno, hasta la próxima.

La semana siguiente repitieron algunos jóvenes de la anterior, y se sumaron otros nuevos. Y así hasta en cuatro ocasiones más. Los padres de Adal y Radiante, en un principio, se mostraron algo distantes de Jorge. Bastó el segundo viaje y que este les llevara por alguna de las rutas conocidas, a indicación de sus hijos, para romper esa frialdad inicial. Posteriormente, ya se familiarizaron con el castro, aunque iban a dormir al hotel Astur Plaza, junto al Ayuntamiento de Astorga. En el pueblo había un ambiente de expectación. No sabían muy bien qué estaba sucediendo. La distinción de los padres de Adal y Radiante, era evidente. La curiosidad se centraba en las bandadas de jóvenes que iban y venían, tomaban alguna cerveza en el bar y compraban en la tienda, pero sin dar explicaciones. Saludaban, compraban, pagaban y se despedían sin más. Es decir, lo cosmopolíticamente habitual, que no lo era en un pueblo de 269 habitantes, donde el ritual era otro: los minutitos de charla, el pequeño cotilleo, los pimientos que se están secando en la mata...

—¿Esperando a esos muchachos? —preguntaba Simón a Jorge, mientras tomaban un “vinín” en el

bar del pueblo.

—No, este fin de semana no viene ninguno. Están arreglando matrículas en la universidad y cosas tuyas. Después cuando terminen sus estudios ya vendrán para trabajar conmigo y vivir en el castro. Los amigos, me imagino que seguirán visitándoles... y con un poco de suerte les reclutamos también como vecinos.

—Parecen buenos chicos... porque tú los conoces, ¿verdad?

—Relativamente. A los que van a quedarse en la palloza, sí. A los demás no tanto. Algunos ya han venido en seis ocasiones pero van a lo suyo y yo tampoco quiero que se sientan como en un cuartel.

—Oye, ¿y les has pillado fumando... ya sabes?

—Pues no. También te digo que no me extrañaría que alguno se fume un porro, pero en principio guardan las composturas en ese aspecto.

—Es que algún vecino me anda preguntando. Por aquí eso no lo queremos.

—Yo tampoco, pero a mí me jode respirar el humo de tu cigarro. Tengo dos alternativas o me voy de tu lado y no hablo contigo, o respeto tu decisión de fumar y me aguanto.

—Si te molesta lo tiro.

—Sólo quería poner un ejemplo. El tabaco y el alcohol son legales porque pagan un impuesto. A los porros sólo les faltaría pagar ese impuesto y sería suficiente; ahora bien ¿dejaría de ser dañino sólo por eso?, ¿verdad que no? Seguiría siendo tan perjudicial como los cigarrillos o la bebida. El vecino, cuando te lo dijo, ¿estaba todavía sobrio?, ¿tenía el cigarro en la boca, o ya lo había tirado?

—Pues... ¡bueno! vamos a cambiar de tema —Simón quedó unos instantes pensativo y volvió a la carga—. Pero es que eso de las drogas... pierden la cabeza y no saben lo que hacen. Además, dicen que envenena la sangre y los pulmones. La bebida y el tabaco sin embargo no...no...no...

—Déjalo Simón.

—Por san Genarín que esto me lo voy a apuntar —dijo Simón quitándose la boina y pasándose el pañuelo por la frente.

—Yo me drogo prácticamente a diario ¿me lo habéis notado?, ¿he molestado a alguien?

—¡Ostias, Jorge, no fastidies! —Simón quedó como momificado con el pañuelo cubriéndole la mayor parte de la frente—. No me digas eso... una persona como tú...

—Pues ya ves. Casi todos los días me engancho a una droga que se llama internet. Sólo perjudico a quién vive conmigo, pero como ahora estoy solo...

—¿Cómo se llama... ¿internet?... ¡Ah coño!, ¡anda!, vete a... por hierba para los conejos.

—¡No te enfades hombre! No creas que es broma. Mira, Simón. Esos muchachos tienen unas costumbres y unos vicios que, como nosotros con su edad, encontramos en la sociedad, sin rebuscar demasiado. ¿Es culpa de ellos?

—Es culpa de sus padres.

—No, es de todos. Empezando por los que nos han gobernado, al menos desde que tengo uso de razón, que han cobrado muy buenos dineros en los impuestos. ¿Sabes cuando empezará el principio del fin? El día que lo recaudado no merezca la pena contrapesando el perjuicio en la salud que causa a los ciudadanos. Se harán leyes para controlar el consumo. A partir de entonces se irá equilibrando el cinismo social que hay actualmente entre fumar cigarrillos o porros. Habrá sitios en los que, al menos oficialmente, no se podrá fumar ni unos ni otros. Y yo no fumo nada, pero ¿con que autoridad moral se puede criticar eso, al mismo tiempo que se tiene la “toba” de Ideales, manchada de asquerosa nicotina, pegada en los labios?

—Viéndolo desde ese punto de vista, quizá lleves razón.

—No se debe sucumbir a la tiranía que intenten imponer algunas personas, que por el hecho de vivir cómodamente con su pensión, no quieran ningún cambio, aunque signifique progreso, porque egoístamente piensen que el siglo pasado es suficiente para ellos. ¿Y para sus nietos?, ¿y para los hijos de otros vecinos? ¡emigrantes forzosos para enriquecer con su trabajo otras poblaciones! ¿Quién, en su sano juicio, renegaría de una joven legión universitaria que milagrosamente cae llovida del cielo, porque algunos fumen porros, enseñen sin rubor las tetas, o se coman ardientemente los labios en el escaño de la plaza?

—¡Hombre, Jorge!, eso yo tampoco lo veo bien.

—Vamos a ver como te lo explico... Mejor, si no te importa, salimos a dar un paseo, porque aquí veo muchas antenas sacadas.

—Por ejemplo. ¿Por qué crees que una chica de 20 años se pone a tomar el sol enseñando las tetas? ¿Será porque es un putón verbenero?

—Pues... no. Lo hará por costumbre ¡joé! Si en la tele salen las playas y están casi todas así.

—Claro, tú lo has dicho. No lo hacen porque quieran molestar a nadie en particular. Lo ven normal. Es su costumbre, aunque haya gente que no le guste. También hay que comprender que por razones generacionales aquí habrá vecinas que se sientan incómodas, de acuerdo. Ahora bien, si esa chica en vez de ser una desconocida, fuese una popularísima estrella del espectáculo, que sale todos los días en la tele, que arma el revuelo padre por todos los sitios a donde va; mira por donde llega a Castro de las Lagunas, se va al pantano de Villameca y se pone en “top-less”, porque ella no “enseñaría las tetas”, eso queda para las vulgares...

—Pero lo del “top” ese, ¿qué es? ¿Que se pone en pelota picada?

—No coño, es lo mismo que estar en “tetas”. Te lo decía con ironía. Seguramente la vecina que critica a esa chiquita desconocida, que en pocos años puede ser una brillante física nuclear o una gran escritora, se va hasta Villameca andando para hacerse una foto junto a la popular de turno, e incluso discute con otra vecina amiga de toda la vida por hacerse la foto antes que ella. ¿Vas

cogiendo la idea de la hipocresía que hay en esta vida?

—Ya, ya. Entiendo lo que me quieres decir. Pero la gente mayor no va a cambiar a su edad. Aquí hemos tenido siempre mucha tranquilidad y nos hemos llevado más o menos bien...

—Bueno... recuerdo a ese que le abrió la cabeza a su vecino con la azada por cuestión de lindes y de riego.

—¡Bué!, eso es otra cosa, tenía unos vinos de más. Pero es un buen hombre.

—Simón, todos somos humanos y cometemos errores. Pero no vamos a cometer ahora el grandísimo que sería perder una oportunidad única en este pueblo. ¿Qué prefieres, ver cómo se va muriendo poco a poco al ritmo que lo hacéis los vecinos, o prefieres ver cómo resucita un muerto?

—Mira, lo que tenemos que conseguir, y te incluyo en esto, es que todos nos respetemos. Yo no voy a consentir que nos avasallen unos niñatos a las tantas de la mañana con música a “todo trapo” ¡porque me cago en di... ez!, cojo la estaca y los corro a palos hasta Madrid. Pero quien se comporte respetando al pueblo y a nosotros no va a tener problemas.

—El primero que no va a consentir eso soy yo. ¡Pero de todas formas! ¿qué crees?, ¿que este pueblo tiene que ser un convento cisterciense? ¿Cuánto tiempo hace que no vas a Astorga un viernes a las dos de la mañana?

—Yo... nunca estuve a esas horas en Astorga.

—Pues mira por donde, esta noche te vas a venir conmigo.

—No sé como le sentará a Estefanía...

—Como alcalde tienes unas obligaciones.

—Bueno, si es así, no me queda más remedio.

Simón se puso el traje de las ocasiones. Estaba un tanto nervioso. Incluso tuvo unas palabras con su mujer que también quería sumarse al acontecimiento. Por fin, a las doce en punto se presentó en el castro todo acicalado y pusieron rumbo a Astorga.

La madrugada estaba viva. Riadas de jóvenes y otros más entrados en años, ocupaban no sólo los bares y *pubs*; las calles de los alrededores también se encontraban repletas en un desfile variopinto como si de una inmensa pasarela de moda se tratase. Cabezas relucientes y cabellos como Jesucristo, entre todos los colores del espectro. Unos normales y otros más “tocados”, pero todos en un ambiente festivo, excepto algún pequeño incidente aislado, superado por el ánimo general de disfrutar la noche sin conflictos. En definitiva, como cualquier otra fiesta popular.

—Ves, Simón, son chavales normales que en vez de esperar cada año a las fiestas del pueblo como en tu juventud, ahora lo celebran los fines de semana. Alguno hay que ciertamente se pasa, ¿pero no ocurría antes lo mismo?

—Ya lo creo. ¡Los mozos montábamos cada una! Pero no nos drogábamos como ahora... La verdad es que no existían cosas de esas en mis tiempos, que si no cualquiera sabe, porque de rapaz también se hacía cada fechoría...

—¡Ay! Simón... Tienes que montar excusiones de vecinos para los fines de semana de doce de la noche a seis de la mañana.

—¡Quita pallá!

—¡Hola Jorge! —un joven se acercó hasta ellos saludando efusivamente.

—¡Qué pasa chaval!, cuanto tiempo sin verte.

—Es verdad, hace tiempo que no te dejás caer por aquí. ¿Como van tus pallozas?

—¡Muy bien!, ya está todo terminado. Te voy a presentar a Simón, alcalde del pueblo donde está el castro.

—Encantado. Por cierto, ya que tengo la oportunidad, aprovecho para comentarle un tema de corros de lucha leonesa, ¿le importa?

—No dime, dime.

—Pues estamos organizando eventos para promocionar la lucha leonesa en la zona. Nosotros ponemos la organización y la infraestructura. Usted nada más tendría que facilitar un sitio en el pueblo donde pudiera celebrarse.

—Y ¿cuánto dinero habría que poner?

—¡Nada hombre! Nosotros corremos con los gastos. Somos un grupo de personas que tenemos la intención de promocionar nuestra cultura y tradiciones leonesas, que se están perdiendo cada vez más. Como la población va decreciendo año tras año, al menos pretendemos mantener lo que hay. Aunque trabajo en Valladolid, las vacaciones las paso organizando esto con otros cuantos como yo. El dinero lo ponemos de nuestros bolsillos; no obstante, si el Ayuntamiento quiere ayudar ¡bienvenido sea!

—Vamos a ver qué se puede hacer. Toma mi tarjeta y me llamas cuando quieras.

—De acuerdo, muchas gracias. Adiós, Jorge; cuando vayamos con lo del corro me enseñas el castro.

—Este chico es ingeniero industrial. Tuvo que irse a la FASA en Valladolid porque por aquí no encontraba trabajo. En Barcelona le ofrecían un sueldazo, pero prefirió quedarse más cerca de su tierra.

Simón se quedó serio y pensativo. Iban de garito en garito por los alrededores del Ayuntamiento, hablando sobre los problemas que, en opinión del edil, tenía León por estar en una Comunidad Autónoma tan grande. Aunque por su vestimenta desentonaba entre los vaqueros y los informales vestiditos de las chicas, algunos rayando en la provocación, nadie reparaba especialmente en el trajeado alcalde. En todos, el ambiente era similar: música, vocerío de conversaciones, risas, carcajadas, apretujones, algún vaso que estallaba contra el suelo, otro que se derramaba por la

barra... como le ocurrió a Simón, que sin querer, empujó uno lleno de zumo con el codo.

—¡Perdón!... Pida otra consumición que la pago yo.

Un muchacho alto y delgado, de piel negra, abrió desorbitadamente los ojos mirando fijamente a Jorge y a Simón, que se había quedado un tanto descolocado a la espera de una reacción imprevisible.

—¡Hombre, Jorge!

—¡Pero bueno! ¡Si es el figura! ¿Dónde juegas ahora?

—Tío, parece que quiere ficharme: ¡la Ponferradina!

—¡Estupendo!, ¿no?

—¡Ya lo creo!, pero tengo que estar a tope. De beber sólo zumos y como mucho una cervecita. Estoy aquí con un compañero del equipo de La Bañeza que es nuevo y hemos salido a dar una vuelta para que conozca todo esto, pero de vicios nada. Entrenamiento, footing, gimnasia y alguna que otra marchilla como esta, pero en plan sano, porque, tío, me juego mucho.

—Me alegra que te vaya tan bien. Pero que te pongan otro zumo...

—Es igual, no os preocupéis, ya nos marchábamos. Cuando quieras entradas para un partido me llamas y me las pides. Hasta otra. Chao.

—Creí que me arreaba...

—No, hombre. Es un chaval cojonudo. Fíjate que en un partido, sin intención, lesionó gravemente a un contrario, y quiso dejar el fútbol. Fue el propio lesionado quien tuvo que animarle a volver, e incluso se hicieron grandes amigos. Es una gran persona y un estupendo deportista. Eso no quita que a su edad salga a divertirse como cualquier otro.

—Oye, Jorge, ¿tú sabes si es cierto lo que dicen por ahí, que a los negros le huele la piel?

—Pues no lo sé. Me imagino que si no se lavan les pasará como a todo el mundo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es que cuando estábamos con el futbolista, olía un tanto extraño. Como cuando abres un armario y está la ropa humedecida...

—Ya. Eso es que a nuestro lado había un corrillo fumando un “peta” entre todos.

—¿Esos que me pidieron fuego?

—Sí.

—Pero si estaban tan normales; menudo cachondeo se traían; estaban contando unos chistes que me partía de risa. ¡Me cago en la leche, si lo llego a saber!

—Si lo llegas a saber, ¿qué? ¿Se metían con alguien acaso? ¿Te estaban molestando?

—No, si incluso me alcanzaban mi cubata, eran muy amables.

—Pues eso es lo que hay, Simón. Tú y yo no podemos cambiar esta sociedad con una varita mágica. Esos muchachos el día de mañana, según les vaya en la vida, unos la destrozarán como yonkis, lo

mismo que otros “quintos” tuyos están alcoholizados. Otros serán padres de familia normales y esos momentos de juventud lo recordarán como una simple anécdota. También habrá otros que sigan fumando marihuana toda su vida y quizá sean empresarios de éxito, presidentes de gobierno, premios Nobel o una estrella del rock.

—Yo creo que de los cantantes y los conjuntos esos no se salva ni uno.

— Habrá de todo como en la botica. Esto que pasa hoy ante tus ojos es la vida misma. Este es el mundo real, no el apéndice que se llama Castro de Las Lagunas. Te voy a contar algo. Una vez escribí una novela. Fue una cosa sencilla. Traté de reflejar la sociedad que vivimos mediante vivos diálogos entre los personajes. La crítica general de los amigos y familiares que la leían a medida que la escribía, era que abusaba de los tacos. Les parecía una buena obra, pero un tanto soez. Me defendía diciéndoles que quería reflejar la realidad. Que la gente hablaba así coloquialmente, que no se trataba de un tratado técnico o científico. Tanto me lo dijeron que opté por eliminarlos. ¿Sabes que sucedió?, pues que ellos mismos me pidieron que volviera al guión original. La historia había perdido fuerza porque ya no parecía tan real. Los tacos en la novela eran como los porros en esta sociedad que nos toca vivir.

—Te voy a decir algo. En el grupo de rapaces que se estaban fumando el “pate” ese o como se diga, había uno que conozco.

No quise saludarle porque me di cuenta de que no me reconoció. En una ocasión hicimos una “hacendera”, ¿sabes lo que es? —Jorge negó con un movimiento de cabeza—. Tú estabas de viaje en esos días. La gente de los pueblos nos reunimos para hacer una labor colectiva de forma desinteresada. En esa ocasión se trataba de desbrozar y limpiar el techo de ramajes que habían cubierto una ermita medio arruinada que hay en Requejo, al lado de Corús. Nos dimos una paliza de órdago, pero uno de los que más trabajó fue ese muchacho. Qué majo y qué servicial. Después lo comentamos entre todos y eso fue hace un mes.

—¿Te das cuenta? Mira, Simón, la juventud es nuestro futuro. Tenemos que hacer todo por comprenderles, sin bajar la guardia. Tú en tu medida y yo en la mía. No les vamos a regalar las cosas, pero procuremos facilitárselas. Tratemos que ese buen chaval siga siéndolo mirando al horizonte con carnet de autoestima, no ensalzándole por una hacendera para después denigrarle como “fumeta”, porque sigue siendo la misma persona. Un chico respetuoso, servicial y trabajador.